

VII CONGRESO INTEROCEÁNICO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS *EL LUGAR DE LA CRÍTICA EN LA CULTURA CONTEMPORÁNEA*

Simposio 4. *Walter Benjamin, a 130 años. Lecturas críticas y constelaciones situadas*

Marcuse, Benjamin y Heidegger: tres reflexiones en torno al fenómeno de la técnica moderna¹

Zahira Betina Vazquez²

Resumen

La técnica y los posibles efectos e implicancias de la misma en las sociedades contemporáneas es una temática recurrente en pensadores del siglo XX. Nos interesa particularmente pensar los desarrollos de tres autores que han reflexionado sobre la cuestión de la técnica moderna junto a otros aspectos sociales y culturales claves para comprenderla. Por un lado, Herbert Marcuse se refiere a los avances tecnológicos en el marco de un diagnóstico crítico de las sociedades del capitalismo avanzado con el interés de pensar la posibilidad de transformarlas. Walter Benjamin, por otro, reflexiona sobre el progreso técnico en relación con las posibilidades del mismo en el ámbito estético: la reproductibilidad técnica de la obra de arte y, específicamente, el sentido político de este fenómeno junto a su carácter sintomático del proceso social en general. Por último, Martin Heidegger también aborda la cuestión de la técnica moderna y algunas de sus implicancias, pero desde otro lugar: en el marco de una reflexión acerca de la historia de la interpretación del ser o, mejor, de la metafísica. Nos interesa ensayar un acercamiento al planteo de estos pensadores, y, quizás, encontrar y articular algunos puntos de encuentro o, también, de desencuentro.

Palabras clave: Marcuse; Benjamin; Heidegger; Técnica.

Introducción

En este texto la principal intención tiene que ver con ofrecer algunas reflexiones en torno a la cuestión de la técnica en el marco de la producción de tres pensadores: Herbert Marcuse, Walter Benjamin y Martin Heidegger. Desde distintas posiciones y a partir de marcos teóricos diversos, estos autores realizaron un abordaje del fenómeno tecnológico que permitió, en los tres casos, arribar a una reflexión acerca de las implicancias sociales del mismo. De esta manera, encontraríamos en ellos, y en el marco de un rastreo del

¹ Este texto fue ampliado y presentado luego del Congreso como artículo para su publicación.

² Instituto de Filosofía Argentina y Americana, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo. Contacto: <betinavazquez6@gmail.com>

tratamiento que cada uno hace sobre la cuestión de la técnica, algo así como un diagnóstico de las sociedades contemporáneas del siglo XX y posibles proyecciones para la misma.

Tres acercamientos a la cuestión

Nuestro punto de partida que, además, servirá de hipótesis general y articulará el recorrido por los tres autores tiene que ver con la siguiente idea: la cuestión de la técnica es caracterizada en el marco de estas tres perspectivas, explícita o implícitamente, como una cuestión compleja y ambigua, ambivalente, como si se tratara de un fenómeno de dos caras. Tanto Marcuse como Benjamin y Heidegger se corren de lugares comunes a la hora de interpretar el fenómeno. Ninguno de ellos rechaza el progreso tecnocientífico de manera absoluta, ni se refieren a él como a la fatalidad de nuestra actualidad. Tampoco encontramos en ellos afirmaciones exclusivamente alentadoras. Podríamos decir esto mismo al sostener que los tres pensadores se distancian de interpretaciones “tecnófobas” o “tecnófilas” de igual manera. Este es el punto que inmediatamente podríamos reconocer como “común”. Al igual que muchos otros filósofos contemporáneos, se muestran críticos con respecto a los avances tecnológicos, pero reconocen en ellos posibilidades importantes para la realización del ser humano en general.

Sin embargo, esto que podríamos identificar como una visión ambivalente de la técnica se da en el marco de aparatos teóricos e incluso metodológicos muy diferentes. Especialmente, la distancia entre estos aparatos es más marcada entre los frankfurtianos por un lado, y Heidegger por el otro. Por su parte, Marcuse (2008; 2010; 1969; 2001) alude al potencial de la técnica para la liberación de la necesidad y la superación de la escasez, a la vez que critica su uso irracional al servicio de la dominación. El aparato técnico productivo actual, en la medida en que se oriente a tal fin, posibilitaría la satisfacción integral de las necesidades de la población mundial. Para Marcuse, en pocas palabras, el desarrollo tecnocientífico puede orientarse a la *liberación* de los seres humanos, a pesar de que está siendo utilizado para fines contrarios: la *dominación*. Benjamin (2003; 1987), por otro lado, encuentra en los avances tecnológicos la posibilidad, entre todas, de democratizar el acceso masivo tanto a la producción como a la recepción de objetos estéticos. Específicamente el

cine, como una de las formas más acabadas de la producción artística en la época de su reproductibilidad técnica, puede tener una función social particular y ser utilizada con fines *revolucionarios*. Sin embargo, en condiciones capitalistas tales como las predominantes, esta potencia revolucionaria se encontraría opacada por la tendencia contraria y conservadora: la de anestesiar y enajenar a los receptores. El uso revolucionario de los medios de producción artística es para Benjamin paradigmático, y debe ser preparativo de un sujeto capaz de un uso del aparato técnico fundamentalmente diferente del actual. Por último y dicho a grandes rasgos, Heidegger (1960; 1994; 2002) afirma que la esencia de la técnica posee un carácter ambivalente, pero en relación con otra cuestión que, según él, es clave para comprender su esencia: la de la verdad o, lo mismo en otras palabras, el des-ocultamiento. La técnica es pensada en el marco de la historia de la interpretación del ser, en la medida en que ella es el fin, en el sentido de culminación, de tal historia. De esta manera, la técnica es para Heidegger una cuestión metafísica, y en tal sentido constituye un *peligro* extremo pues es capaz de obstruir toda relación con la esencia de la verdad. Sin embargo, Heidegger reconoce al mismo tiempo otro aspecto respecto de la técnica moderna: ella posibilita el surgimiento de lo *salvador*, pues pone de alguna manera al ser humano nuevamente en el lugar de la custodia de la esencia de la verdad.

El hecho de que la técnica implique, según los términos de cada autor, opresión, enajenación y peligro supremo, como así también liberación, revolución o salvación en cada caso, es lo que habilita a pensar una ambigüedad o ambivalencia en el fenómeno de la técnica según el tratamiento de estos autores. Si bien esto es cierto, afirmamos que el contexto teórico en el que cada uno sostiene esta ambigüedad es radicalmente diferente. Veamos con un poco más de detalle, aunque brevemente, desde dónde afirma cada autor su posición respecto a la cuestión de la técnica.

Por su parte, la consideración marcuseana del fenómeno tecnológico se da en el marco de un diagnóstico crítico de las sociedades capitalistas contemporáneas que se caracterizan, precisamente, por ser sociedades altamente tecnologizadas y, al mismo tiempo, super-represivas. A lo largo de toda su producción intelectual, Marcuse pretende mostrar la dinámica interna de las sociedades capitalistas actuales, pero no con el mero objetivo teórico de

interpretarlas, sino, en última instancia, para aportar a su transformación y emancipación. Una de las principales preocupaciones del autor, manifiesta en obras de madurez como *Eros y Civilización* (1955) y también en *El hombre unidimensional* (1964), tiene que ver con pensar la posibilidad de lo que Marcuse llama una civilización no-represiva o libre, y es en virtud de ese objetivo que analiza las posibilidades históricas reales para tal programa.

Marcuse constata que los desarrollos de esta misma sociedad podrían ser el prerequisite para la liberación de las relaciones de dominación propias de las sociedades capitalistas de su tiempo. Ella posee las condiciones materiales e intelectuales que, direccionadas a otros fines diferentes de los actuales, provocarían la liberación de los seres humanos. El aparato tecnológico productivo, en la medida en que sea direccionado a la satisfacción de las necesidades vitales del hombre y a la pacificación de la lucha por la existencia, es precisamente la clave que habilita pensar la posibilidad de una civilización no-represiva o libre.

En términos del filósofo, la perpetuación de una cultura represiva, propia de las sociedades actuales, solo puede ser artificiosa e injustificada, conservadora de un status quo anterior. Para Marcuse, es falaz justificar y racionalizar la represión ejercida sobre los individuos a partir del supuesto hecho de la escasez de recursos para la vida humana, pues, y aquí está la clave, los avances técnicos actuales son capaces de erradicar esta escasez y satisfacer las necesidades de la población en su conjunto, sin necesidad de largas jornadas de trabajo o explotar a los individuos en tareas que no aportan para el desarrollo de sus capacidades.

El aparato técnico productivo concreto de las sociedades tecnológicas avanzadas es precisamente la base material que permite pensar la posibilidad de la liberación histórica. En la Introducción a *Un ensayo sobre la liberación* (1969), Marcuse se refiere explícitamente a este hecho e incluso dice que la dinámica propia de estas sociedades llega a despojar la “utopía” de su contenido irreal (como algo que no tiene lugar o no puede tener lugar en la realidad histórica).

Sin embargo, la realidad parece demostrar lo contrario: las desigualdades parecen pronunciarse, la escasez y el trabajo con esfuerzo se mantienen, a pesar de que los avances técnicos lograrían producir lo necesario para

satisfacer las necesidades de todos los seres humanos. Esto sucede, según Marcuse, porque los intereses presentes en las sociedades establecidas que orientan el aparato técnico-productivo no son los de la liberación, sino que tienen que ver con la dominación y la represión de los individuos.

Según Marcuse, una reorientación del aparato productivo acorde a otros intereses diversos a los de la dominación, haría posible una sociedad libre de represión que sería esencialmente diferente a la sociedad actual establecida: las necesidades de los individuos ya no serían establecidas e impuestas desde afuera (necesidades de consumir lo que el aparato produce), el tiempo libre sería común entre los seres humanos como así también el trabajo alienado sería erradicado, mientras que la psiquis del individuo se transformaría.

En este sentido, efectivamente podríamos decir que Marcuse concibe a la técnica como un fenómeno ambiguo, o, quizás mejor en este contexto, dialéctico. Esto último en la medida en que se trata de un fenómeno que implica una ambivalencia de opuestos: de acuerdo con los intereses sociales que estén detrás del aparato productivo, la técnica puede resultar liberadora u opresora. Este doble aspecto que Marcuse describe en la técnica, podría indicar, según nuestra lectura, una dimensión dialéctica en la misma. En un artículo que Marcuse publica en 1941 titulado *Algunas implicaciones sociales de la tecnología moderna*, es explicitada esta ambigüedad al decir que

La técnica por sí misma puede propiciar el autoritarismo así como la libertad, la escasez así como la abundancia, la extensión al igual que la abolición del trabajo arduo. El nacionalsocialismo es un ejemplo sorprendente de los modos como una economía altamente racionalizada y mecanizada, con la mayor eficiencia productiva, puede también funcionar en pro de los intereses de la opresión totalitaria y la escasez permanente (Marcuse, 2001, p. 54).

Es en este contexto que Marcuse alude a la ambigüedad de la técnica en el marco de una crítica de lo establecido: apunta a las posibilidades que ella misma contiene para orientar las sociedades contemporáneas hacia formas más libres. A partir de lo dicho, podríamos afirmar que Marcuse considera a la tecnología, más que como un fenómeno ambiguo, un proceso social dialéctico. Con un enfoque igualmente crítico y orientado también a un análisis de las sociedades contemporáneas, Walter Benjamin se ocupa de la cuestión de la técnica y sus progresos. En su texto *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* (1935), Benjamin reflexiona acerca de la técnica, pero

en relación con los modos de producción del arte contemporáneo. En este sentido, su análisis del fenómeno en este texto está vinculado al ámbito estético. Específicamente, se dedica a analizar la fotografía y el cine en tanto los reconoce como modos predominantes de hacer arte en la época contemporánea.

Benjamin observa que los avances en materia tecno-científica produjeron transformaciones fundamentales en el ámbito artístico. Sin embargo, estas transformaciones no se reducen exclusivamente a este ámbito, sino que son sintomáticas: expresan un proceso social que va más allá de la dimensión puramente estética y tiñe la vida moderna en su totalidad. Lo que sucede con la obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica es síntoma o expresión de una situación epocal. Y, según Benjamin, lo que se marchita en la obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica es su aura. Esta idea de alguna manera sintetiza las transformaciones que sufre la obra de arte en el marco de una época en la que esta se vuelve susceptible de reproducirse masivamente.

Lo que ocurre en el arte como resultado de las conquistas de la técnica moderna tiene que ver con aspectos esenciales del mismo, no se trata de meros cambios externos vinculados al modo en que se producen las obras de arte. Cuando Benjamin se refiere a la pérdida del aura en las obras de arte, está hablando de que las mismas pierden su carácter de aparición única, su carácter de aparición en un aquí y ahora irreplicable, precisamente a causa de que se vuelven susceptibles de ser reproducidas y exhibidas masivamente. La autenticidad asociada a una obra de arte de alguna manera "original" que luego se reproduce, progresivamente se desvanece. "Mientras lo auténtico mantiene su plena autoridad frente a la reproducción manual, a la que por lo regular se califica de falsificación, no puede en cambio hacerlo frente a la reproducción técnica" (Benjamin, 2003, p. 43). En este contexto el valor asociado a las obras de arte en otras épocas se transforma, ellas ya no están atadas a espacios rituales y privados, sino que son exhibidas de forma masiva sin ningún tipo de limitación espacio-temporal. Benjamin se refiere a este proceso como el paso del valor de culto, vinculado a la aparición única e irreplicable de la obra de arte, al valor de exhibición.

El acceso a las obras de arte es de alguna manera democratizado. Con la fotografía y el cine, la escala de reproducción de una obra se vuelve inmensa y

el público de este tipo de productos artísticos se amplía. De esta manera, el ideal de arte burgués exclusivo de un grupo culto reducido va desapareciendo, al mismo tiempo que las masas acceden de forma generalizada tanto al consumo como a la producción de piezas artísticas. Todos pueden asistir al cine, como así también todo aquel que aprenda el funcionamiento técnico de una cámara puede producir imágenes estéticas.

En este contexto de acceso y producción masiva de imágenes, Benjamin reconoce particularmente en el cine potencialidades importantes. Nuestro autor está pensando principalmente en el cine documental, con una función social particular, a partir del cual el receptor logre reconocerse a sí mismo como un sujeto histórico situado en una época dominada por la técnica. El cine ofrecería a sus espectadores una especie de lente para observar y conocer el mundo, tal y como es en su forma tecnificada y fragmentada, como así también así mismos en tanto sujetos históricos particulares pertenecientes a estratos socio-históricos también particulares. Benjamin reconoce la posibilidad de un uso revolucionario del cine precisamente en este sentido: en tanto capaz de una función social específica.

Sin embargo, en el marco de las formas modernas de vida, dominadas por las leyes del capital, la mayor parte de la producción cinematográfica no está orientada a esta función social revolucionaria. De hecho, gran parte del capital del cine está en manos privadas y los medios de producción de imágenes estéticas pertenecen a grupos de la industria cultural, que convierte a estas últimas en mercancías u objetos de consumo. El cine es predominantemente cine de entretenimiento, en el que las masas, en lugar de explorar el mundo a través de imágenes, se enajenan y adormecen en salas destinadas a ese fin. Estaríamos ante un uso del cine que podríamos catalogar de represivo y, específicamente, contra-revolucionario, en la medida en que los espectadores experimentan a través de la ficción una especie de catarsis represiva y una reducción de su inconformidad en relación con situaciones reales que suceden efectivamente a nivel social e individual. Benjamin (2003) se refiere a este fenómeno con el nombre de “voladura terapéutica del inconsciente”, al mencionar los grotescos sucesos que se consumen en películas típicas de la industria cultural (p.88).

Podríamos animarnos a decir que en Benjamin, el progreso de los medios técnicos y sus efectos en el ámbito estético pueden tener dos orientaciones: una revolucionaria, tal y como hemos visto en el caso del cine documental; como así una contra-revolucionaria o conservadora, en el caso del arte-mercancía que termina por adormecer o anestesiar a los sujetos en lugar de empoderarlos y permitir el desarrollo del verdadero potencial tecnológico.

De esta manera, podría afirmarse que los intereses detrás del control del aparato técnico, no sólo en el caso de la producción artística, determinan el curso revolucionario o contra-revolucionario del mismo. Es en este sentido que la toma de control de los medios de producción cinematográfica, y más tarde el aparato productivo en general, por parte de las masas proletarias es para Benjamin un asunto de suma urgencia. Su uso revolucionario, destinado al análisis de la complejidad de la realidad social y natural, debe venir a ocupar el lugar del uso meramente adormecedor y de entretenimiento de las masas que insiste, aunque no lo parezca, en formas auráticas que responden a los intereses de una minoría.

El uso democrático de los medios de producción artística de alguna manera ejercita y prepara a los individuos para el advenimiento de otra forma técnica que dé lugar a una renovada relación entre el ser humano y la naturaleza. La base técnica gestada en el desarrollo moderno capitalista establece un vínculo apropiativo y predominantemente agresivo frente a la naturaleza que traiciona las potencialidades de la misma: su pretensión última es dominar el mundo natural incluso si eso termina por destruirlo. En el último capítulo de *Calle de dirección única* (1928), "Hacia el planetario", Benjamin trae a colación esta cuestión al referirse al despliegue técnico grandioso pero mortífero de la guerra:

Este gran galanteo con el cosmos se realizó por primera vez a escala planetaria, es decir, en el espíritu de la técnica. Pero como el afán de lucro de la clase dominante pensaba satisfacer su deseo en ella, la técnica traicionó a la humanidad y convirtió el lecho nupcial en un mar de sangre. Dominar la naturaleza, enseñan los imperialistas, es el sentido de toda técnica (p. 97).

Aquí se hace explícito el modo como el ser humano utiliza la técnica para dominar la naturaleza y someterla y, de esta manera, según Benjamin, traiciona

las verdaderas potencialidades del desarrollo tecno-científico de la humanidad. Convierte el lecho nupcial, en un mar de sangre.

Por otro lado, con un enfoque fundamentalmente diferente, Heidegger piensa la cuestión de la técnica moderna en el marco de una comprensión de la historia de la interpretación del ser (o, específicamente, la historia del olvido del ser) y es en este sentido que ella es, en última instancia, metafísica. Pero la técnica moderna, como la expresión más acabada de la esencia de la época moderna, no es simplemente un momento más de la historia del olvido del ser. Ella constituye el fin de esa historia: el fin de la metafísica. Fin no solo en el sentido de cesación de la historia de la metafísica, sino más bien su plenificación, la efectivización de su forma más acabada o, lo mismo en otras palabras, su culminación. La técnica moderna expresa en un sentido extremo lo que para Heidegger ha caracterizado la historia de la metafísica occidental: el olvido del ser.

La consideración heideggeriana de la técnica no se identifica con la concepción habitual que la comprende como un instrumento que puede ser utilizado de diversas maneras, o como una actividad desarrollada por el ser humano. Heidegger reconoce que esa concepción tiene un cierto grado de verdad, es correcta, pero que en última instancia no aporta demasiado para reconocer lo sustancial o esencial de la técnica. En la conferencia titulada *La pregunta por la técnica* (1953), Heidegger se pregunta precisamente por la esencia de la técnica. Allí, la cuestión se remonta a sus orígenes en el mundo griego: la $\pi\omicron\iota\eta\sigma\iota\varsigma$, en tanto producción, es un modo de traer a la presencia, un pasar de lo oculto a lo des-oculto, y es desde aquí que Heidegger enlaza la cuestión de la técnica con la de la verdad. La técnica, en cuanto modo del producir, es un modo del desocultar, de traer a la presencia: “La técnica es un modo del desocultar. La técnica despliega-su-esencia (*West*) en el ámbito donde acontece el desocultar y el estado-de-no-oculto, donde acontece la $\alpha\lambda\eta\theta\epsilon\iota\alpha$, la verdad” (Heidegger, 1994, p. 13).

La técnica moderna, precisamente en tanto que es técnica, si bien presenta importantes diferencias con el producir de los griegos, comparte con él su rasgo esencial: ella también es un modo del desocultar. Sin embargo, se trata de un modo particular e histórico del desocultar. “Esta es la pista esencial: en cuanto modo peculiar del desocultar, la técnica es metafísica, pues ésta es

siempre un mostrar el ente como ente de esta o aquella manera” (Rodríguez, 2006, p. 162). Pero, ¿cuál es ese modo peculiar del descubrir que caracteriza a la técnica moderna? ¿cómo interpreta y muestra al ente? Estas preguntas son las que habilitan una explicitación de la esencia de la técnica moderna. Rápidamente y sin entrar en detalles, diremos que el desocultar que caracteriza a la técnica moderna es un *provocar* que exige a la naturaleza proveer o suministrar energía que pueda ser almacenada y luego consumida o utilizada. El ser humano desoculta la naturaleza al modo de una provocación, que la pone como un objeto de encargo dispuesto para su uso. Las cosas son presentadas como existencias (*Bestand*) disponibles y dispuestas para el ser humano, al modo de un stock o fondo.

Pero, además, el ser humano que provoca la naturaleza y que se pone a sí mismo como sujeto de la técnica moderna (como quien ejerce su poder sobre la naturaleza y dispone de ella) es, en verdad, provocado a provocar. Él mismo es requerido, exigido, llamado, provocado, por la esencia de la técnica. A la interpelación provocante que requiere al hombre a desocultar la naturaleza como existencias, Heidegger la llama *imposición (Ge-stell)*. Esta no es sino la esencia de la técnica, y es ella la que convoca al hombre al modo particular de desocultar que caracteriza a la técnica moderna: a comprender al ente del modo particular en que lo hace el hombre moderno.

Dado que la técnica moderna entendida como modo particular de mostrar al ente, es enmarcada en una historia del desocultamiento, podemos afirmar con cierta legitimidad que ella es, en el marco de la interpretación heideggeriana, una cuestión metafísica. La técnica moderna, al ser parte de la historia del ser, puede ser interpretada como un destino (*Geschick*) del ser (Rodríguez, 2006, p.164).

Sin embargo, la esencia de la técnica moderna, a pesar de ser parte (específicamente plenificación y cumplimiento) de un destino, o, en otras palabras, de la historia de la metafísica, constituye, según Heidegger, el peligro supremo. Esto último en la medida en que lo presente, lo real, le concierne al hombre solo como stock, como fondo del cual puede disponer, al mismo tiempo de que todo lo que es tiene la apariencia de ser un producto de y para el ser humano. El olvido del ser llega así a su máxima expresión histórica: el hombre está solo consigo mismo, representándose como el señor de todo lo que es

(incluso cuando el hombre mismo es puesto bajo la figura de un objeto a disposición).

A pesar de lo dicho, según Heidegger, en la esencia de la técnica, en la imposición, yace también lo salvador. Ella es un fenómeno ambiguo, ambivalente, en la medida en que constituye el peligro supremo, obstruye como nunca antes la relación con la verdad del ser y la esencia misma de la verdad, a la vez que deja acaecer lo “otorgante”: abre la posibilidad de que el hombre responda a la llamada liberadora del destino, y siga siendo quien es mantenido (*Gebrauchte*) para la custodia de la esencia de la verdad. Heidegger considera que el ser humano es capaz de sobreponerse al peligro que supone la tecnificación del mundo, la homogeneización (incluso ontológica) que ella implica, a través de la meditación y de tener siempre a la vista el peligro. El ser humano, en tanto es siempre enviado por el destino de alguna u otra manera a desocultar, debe ejercer, precisamente, la custodia de la verdad, del desocultar mismo. “...precisamente en este extremo peligro se manifiesta la vinculación más íntima e indestructible del hombre con lo otorgante...” (Heidegger, 1994, p. 26).

Referencias bibliográficas

- Benjamin, W. (1987). *Calle de dirección única*. Madrid: Ediciones Alfaguara.
- Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México: Editorial Itaca.
- Fischetti, N. (2016). Filosofía de la técnica, humanismo y política. Heidegger y Marcuse, entre el destino y la posibilidad. *Mutatis Mutandis*. Revista Internacional de Filosofía, Santiago de Chile, 59-75.
- Heidegger, M. (1960). La época de la imagen del mundo. En: *Sendas Perdidas*. Buenos Aires: Lozada.
- Heidegger, M. (1994). La pregunta por la técnica. En: *Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del serbal.
- Heidegger, M. (2007). ¿Qué es Metafísica? En: *Hitos*. Madrid: Alianza.
- Heidegger, M. (2002). *Serenidad*. Editorial del Serbal.
- Maliandi, R. (2014). Ética y efectos políticos-sociales de la tecnología. *Páginas De Filosofía*, 2, 2, 5–11. Recuperado de: <https://revele.uncoma.edu.ar/index.php/filosofia/article/view/563>
- Marcuse, H. (2008). *Eros y Civilización*. Barcelona: Ariel.
- Marcuse, H. (2010). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología en la sociedad industrial avanzada*. Barcelona: Ariel.
- Marcuse, H. (1969). *Un ensayo sobre la liberación*. México: Joaquín Mortiz.
- Marcuse, H. (2001). Algunas implicaciones sociales de la técnica moderna. En *Guerra, tecnología y fascismo. Textos inéditos*. Medellín: Universidad de Antioquía.
- Rodríguez, R. (2006). *Heidegger y la crisis de la época moderna*. Madrid: Síntesis.